

1. INTRODUCCIÓN

1. El testimonio de la Escritura es de una importancia decisiva cuando nos esforzamos por explorar juntos la apostolicidad de la Iglesia tal como fue expresada en su fundación apostólica y en su mensaje apostólico. La Iglesia adoptó las Sagradas Escrituras del pueblo judío y estableció el canon del Nuevo Testamento como un testimonio normativo del evangelio apostólico, esto es, la primera y auténtica proclamación de la revelación de Dios en Jesucristo que fue enviado a “anunciar la Buena nueva” (Rm 10,14-15). Bajo la guía del Espíritu Santo, los cristianos individuales y la Iglesia han leído las Escrituras una y otra vez para obtener indicios y guía de cómo seguir llevando a cabo la encomienda divina de proclamar de nuevo el evangelio en cada lugar y en cada época. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha aspirado así a honrar su fundación apostólica y a permanecer fiel a ella. Siempre ha sido esencial la convicción de que el Espíritu Santo guiará y mantendrá a la Iglesia en la verdad y de que el contenido de la fe, iluminado por el Espíritu Santo, dentro de la comunidad confesante de creyentes, era anterior y esencial a cualquier otra forma externa. Los modos en los que ser cristiano ha sido practicado y en los que el ministerio de la reconciliación ha sido llevado a cabo tienen que corresponder siempre con el evangelio.

2. La interpretación de la Escritura ha identificado y pagado tributo a la rica variedad de voces y formas encontradas en el interior del Nuevo Testamento al hablar del discipulado como seguimiento de Jesús, y de los apóstoles y el evangelio que se les había encomendado proclamar, mientras

estuvieron con Jesús en Galilea, como cuando se encontraron con el Señor resucitado después de la Pascua. Además, los textos del Nuevo Testamento hablan de diversos modos de los carismas y ministerios en las primeras comunidades cristianas en las que estos textos fueron escritos y a las que también estaban dirigidos. El examen de esta diversidad dentro de los testimonios del Nuevo Testamento plantea la cuestión de cómo combinarlos todos para constituir un canon unificado que convenza a la mayoría.

3. Nuestras Iglesias tienen diferentes tradiciones de interpretación de ciertos pasajes. Existen también diferencias sobre a qué escritos hay que darles un mayor énfasis, cuando diferentes lecturas pueden incluso contraponerse dentro de cada Iglesia. La tarea hermenéutica, por diversa que pueda ser, está arraigada en la convicción compartida de que el testimonio de la Escritura es normativo. La conciencia de cómo deben diferenciarse claramente la Escritura, la Tradición y las tradiciones, aun comprendidas al mismo tiempo en su estado de continua interacción, es un tema crucial para el diálogo ecuménico y un área en la que se ha logrado ya un considerable consenso.

4. El testimonio del Nuevo Testamento tal como es presentado en este documento de estudio tiene una larga historia de recepción en nuestras Iglesias —parte de la cual, aunque no toda, ha sido de división. Esto se aplica especialmente a la cuestión de si se puede encontrar en el Nuevo Testamento algún concepto o práctica de la sucesión apostólica y, si es así, qué significaría para la apostolicidad de la Iglesia. La cuestión podría perfilarse mejor preguntando si la posterior sucesión apostólica en el ministerio tiene base en el Nuevo Testamento. La selección y el énfasis teológico del testimonio del Nuevo Testamento tendrá inevitablemente en cuenta las cuestiones dogmáticas y el marco del documento de estudio en su conjunto. No obstante, no se trata de poner a prueba algunas posiciones dogmáticas. El mismo Nuevo Testamento es fundamental en el testimonio de la Palabra de Dios y es, por lo tanto, una invitación a examinar críticamente las tradiciones dogmáticas y a discutir expresiones que parecen contradictorias, que podrían incluso generar conflicto.

2. EL SEGUIMIENTO DE JESÚS Y LA MISIÓN DE LOS DOCE

5. Jesús predicó el evangelio de Dios, diciendo: “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15), y llamó a sus discípulos, hombres y mujeres, a que lo siguieran y se convirtieran en “pescadores de hombres” (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22 y Lc 5,1-11; 8,1-13). En los relatos evangélicos, el discipulado es descrito como el seguimiento de Jesús, quien en obediencia a su llamada mesiánica, va a Jerusalén para ser rechazado, sufrir y ser crucificado, y resucitar al tercer día (Mc 8,31-38). El seguimiento de Jesús es así un seguimiento bajo la cruz; exige autosacrificio y disposición a sufrir, y a no aspirar a ninguna otra grandeza más que la del servicio (Mc 10,38-45). No obstante, la narración evangélica del discipulado es también una historia de temor y fracaso, de modo que muchos de los discípulos no perseveraron hasta el final sino que desertaron e incluso negaron su relación con Jesús. Al final, por tanto, es Cristo resucitado el que se aparece a ellos y los redime, los vuelve a llamar a su seguimiento, y restablece su comunidad tal como aparece descrita en el número 30 más adelante.

6. Mientras caminaban juntos, Jesús instruye a los discípulos acerca del Reino de Dios por medio de parábolas, ejemplifica la misericordia y el poder de Dios en actos maravillosos, y de manera autorizada explica la voluntad de Dios expresada en la Ley y los Profetas. Una característica fundamental del seguimiento de Jesús es que la iniciativa viene de él y los discípulos responden a su llamada: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que os he elegido yo a vosotros” (Jn 15,16). Él es su maestro (Mt 23,8; Jn 13,13), les hace partícipes de su autoridad y les encomienda como seguidores suyos, proclamar el Reino de Dios y sanar a los enfermos y poseídos como él mismo hace (Lc 9,1-2; cf. también Mc 6,7-13; Mt 10,1). No obstante, su discipulado es esencialmente servicio, cuando siguen y son señalados por él que “no vino a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,44-45; y también Lc 22,24-27).

7. Los cuatro evangelios narran que Jesús ya seleccionó un grupo de doce discípulos durante su ministerio en Galilea. Marcos informa de que fueron elegidos para “estar con él, y ser enviados a proclamar el mensaje, y expulsar los demo-

nios” (3,14-15) y presenta sus nombres como “Simón (al que llamó Pedro); Santiago el de Zebedeo y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso por nombre Boanerges, es decir, hijos del trueno; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote, el que lo entregó” (Jn 3,16-19). La importancia del número doce procede de las doce tribus de Israel, y siguiendo a la fuente Q, tanto Mateo como Lucas interpretaron que los doce tenían un papel que jugar en la restauración escatológica del pueblo de Dios, “en la nueva era cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt 19,28; Lc 22,29-30).

8. En ocasiones, Jesús selecciona de entre los Doce un pequeño grupo de tres para ser testigos de acontecimientos especiales; con mucha frecuencia Pedro, Santiago y Juan son escogidos (Mc 9,2; Mc 14,32). De vez en cuando, Pedro habla en nombre del grupo más amplio y es mencionado primero en todas las listas de los Doce, correspondiendo con el hecho de que, en la tradición sinóptica, él y su hermano Andrés fueron los primeros en ser llamados (Mc 1,16-20). En el evangelio de Mateo, Jesús responde a la confesión de Simón Pedro de que él es el Mesías, el Hijo de Dios vivo, dándole a él, *Simon Bar-Jonah*, el nombre de *Pedro* (en arameo *Kephas*, cf. Jn 1,42) y afirmando que es “la piedra (*petra*) sobre la que edificaré mi Iglesia (*ekklesia*)”. Pedro recibirá también el poder de las llaves para atar y desatar (Mt 16,16-20). En la última cena, en Lc 22,24-34, Jesús enseña a los apóstoles un modo de liderazgo diferente del que es común en el mundo: “El mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que gobierna como el que sirve”. Confiere entonces a los Doce su papel escatológico como anteriormente se describe en el número 7 y más adelante en el número 30. Al mismo tiempo que los alerta sobre el juicio que se avecina, asegura a Simón Pedro que “yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca y tú cuando hayas vuelto confirma a tus hermanos”. Cuando Simón Pedro responde prometiendo que no le fallará, ya vengan prisión y muerte, Jesús proclama que su fracaso es inminente —antes de que el gallo cante ese mismo día—. Todos los evangelios unánimemente informan de que Pedro negó a Jesús tres veces en la hora crucial del juicio de Jesús (Mc 14,66-72). Cuando algunas de las historias de la resurrección se cen-

tran particularmente en Pedro, esto debe entenderse como la manera de transmitir que Cristo resucitado perdona su traición, lo restaura en la comunión de amor y atención, y lo llama a seguirle hasta la muerte.

9. La tradición sinóptica está de acuerdo en que los Doce fueron enviados a una misión durante el ministerio de Jesús en Galilea. Su misión representa una extensión del propio ministerio de Jesús de proclamación y sanación (Mc 6,7-13; Mt 10,1-11,2; Lc 9,1-6). Lucas incluyó también, más extensamente incluso, el envío de los otros setenta (Lc 10,1-20). Ellos, también, representan a Jesús de modo que “el que a vosotros os escucha a mí me escucha y el que os rechaza, a mí me rechaza...” (10,16). En su forma actual, el encargo de Mt 10,5-42, aplicando el lenguaje de una crisis escatológica, funde el envío de los doce “al rebaño perdido de la casa de Israel”, con la experiencia de la Iglesia en el tiempo más reciente. La transparencia temporal activa en el evangelio de Mateo resulta, totalmente, en el tiempo de Jesús iluminadora de la más reciente experiencia de la Iglesia y viceversa.

3. EL MANDATO DE CRISTO RESUCITADO Y LA PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO

10. La primitiva comunidad cristiana estaba convencida de la presencia permanente del Señor aún cuando Jesús ya no se les aparecía. La Iglesia es el lugar en el que la fe cristiana es mantenida y renovada una y otra vez, de generación en generación. El evangelio de Mateo concluye con la promesa de que el Cristo resucitado estará siempre con sus discípulos hasta el fin de los tiempos/mundo (Mt 28,20). En los evangelios de Lucas y Juan, así como en los escritos de Pablo, esta presencia divina permanente es percibida en categorías pneumatológicas. El Espíritu Santo une a la Iglesia, eterna y siempre nueva, con Jesucristo y con su fundamento apostólico. Por el poder y la guía del Espíritu Santo, la Iglesia es equipada para su misión de múltiples maneras siempre presentes. De este modo es capacitada para poder encontrarse con las necesidades de cada tiempo y lugar, y el Espíritu crea vínculos de amor compartido y comunidad entre todos los cristianos.

11. En el evangelio de Juan, Jesús, en su discurso de despedida, habla a los discípulos del Paráclito o el Espíritu de la verdad, que vendrá cuando Jesús se haya ido y que los “guiará hasta la verdad plena” (Jn 14,16-17,26; 15,26; 16,7-15). El Paráclito enseñará a los discípulos todo y les recordará todo lo que Jesús les dijo. El Espíritu no añade nada a la revelación de Cristo sino que explica, descubre, transmite y aplica el significado e implicaciones de esta revelación, del mismo modo que los ha guiado a la verdad plena. El énfasis está puesto en el mantenimiento y preservación de lo que fue dicho y enseñado por Jesús, así como en el testimonio pneumatológico de su significado. Sin duda, el evangelio de Juan es en sí mismo una expresión de la presencia ininterrumpida del Paráclito y la convicción de que “son dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29).

12. En Lucas-Hechos, Cristo, ascendido al cielo, derrama el Espíritu prometido por el Padre sobre sus discípulos cuando están todos reunidos en Jerusalén (Lc 24,49; Hech 2,1-4,33). Pueden ser sus testigos hasta “los confines de la tierra” gracias al poder que reciben cuando el Espíritu Santo viene sobre ellos (Hech 1,7-8). En el relato de los dos discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), éstos no reconocen a su compañero de viaje. Hasta que no parte el pan sus ojos no se abren. La fe es restablecida cuando la presencia del Señor es revelada en este acto eucarístico. El que hace las preguntas muestra de este modo que es el maestro mientras el huésped actúa como anfitrión. Los discípulos no buscan y encuentran a Cristo vivo. Como en todas las historias de apariciones él es quien se acerca a ellos y se revela, y los discípulos permanecen destinatarios aún cuando lo reconocen. Cristo resucitado no se queda con los dos discípulos de Emaús después del momento del reconocimiento. Ellos se quedan con el pan partido, las Escrituras que se han abierto para ellos y la historia de su encuentro para contarla. Cuando el Señor desaparece, cambian sus planes y vuelven a Jerusalén esa misma tarde para reunirse con los otros discípulos que ya están reunidos en aquel lugar; la comunidad está siendo restaurada. El Señor se aparece de nuevo a esta asamblea completa de los discípulos, y el día de Pentecostés cuando están todos reunidos (y no sólo los Doce) les es entregado el Espíritu Santo.

13. Mateo y Lucas, y también Juan (que no menciona la misión previa en Galilea) dan testimonio de una misión final, universal encargada a los apóstoles por Cristo resucitado. No eran discípulos de Jesús sólo cuando él estaba con ellos. A pesar del miedo y la negación, la llamada es reafirmada y se les da una misión más grande para el período postpascual. Este es el encargo apostólico que corresponde a la declaración enfática de Pablo de que él recibió la llamada apostólica del Señor resucitado mismo (1Cor 15,8-11). El mandato puede variar en la expresión y el contenido pero la autoridad que incluye es fundamentalmente similar. Según la gran misión de Mt 28,19-20 su tarea es hacer discípulos bautizándolos y enseñándolos; en Lc 24,38 y en Hechos 1,8.21-22 tienen que ser testigos de la resurrección, que implica también la proclamación del arrepentimiento y el perdón de los pecados, y según Jn 20,21-23, tienen que perdonar o retener los pecados.

4. LOS APÓSTOLES

4.1. *Observaciones terminológicas*

14. En el Nuevo Testamento la apostolicidad no es aún un atributo de la Iglesia como tal. Sin embargo, los términos *apostolos* y *apostole* aparecen, siempre aplicados a individuos o a su misión. Se encuentran muchas referencias neotestamentarias a los *apostolos* en las epístolas paulinas y en Lucas-Hechos. Otras referencias dispersas por todas partes indican también que el término estaba ya establecido y era ampliamente usado en la Iglesia Primitiva.

15. Los términos *apostole* y *apostolos* tal y como son usados en el Nuevo Testamento sin duda comportan connotaciones de título aunque esto era aparentemente desconocido para el griego precristiano, incluyendo el lenguaje de las tradiciones de la Septuaginta. El término griego *apostolos* significa mensajero o embajador, “uno que ha sido enviado”, y es una forma derivada del verbo *apostello*. El verbo es el término primario —sin alguien que haga el envío, nadie es *apostolos*.

16. El uso específicamente cristiano del término ha sido explicado por referencia a una asamblea judía de envío (*sha-*

liah), es decir, la representación autorizada de un individuo o grupo en materia religiosa o legal: el enviado es equiparado al que envía. Al llevar a cabo su misión, el representante o agente tiene autoridad plena y dispone del mismo respeto que el jefe. La dignidad de un representante depende enteramente de la autoridad y el estatus de quien envía. No obstante, como una institución legal, el *shaliah* es corroborado por fuentes rabínicas sólo desde finales del siglo II, d.C., pero algunos han argüido que Mt 10,40 y especialmente Jn 13,16-19, que parecen referirse a un giro usado comúnmente, proporcionan una evidencia de que *shaliah* ya era conocido en tiempos del Nuevo Testamento.

4.2. *El corpus paulino*

17. El significado y las implicaciones del término *apostolos* fueron materia de debate e interpretación en la Iglesia primitiva. En las cartas de Pablo, los textos cristianos conocidos más antiguos, asume un uso más amplio previamente establecido en las comunidades. Entre las funciones ministeriales en la Iglesia en Corinto, Pablo refiere el apostolado como el primer carisma (1Cor 12,28ss), y en la larga lista de agradecimientos personales que concluyen su carta a los Romanos, una pareja, Andrónico y Junia, dice que son “ilustres entre los apóstoles” (Rm 16,7). Recientes investigaciones consideran verosímil que *Iouniam* es el acusativo de *Iounia* que es un nombre de mujer —por lo tanto recuperan una intuición mantenida por muchos Padres de la Iglesia, entre ellos Juan Crisóstomo, Orígenes, y Jerónimo—. Rm 16,7 parece apoyar la posibilidad de que las mujeres estuvieran numeradas entre el grupo más amplio de apóstoles, y que Pablo simplemente aceptó esto.

18. Se pueden encontrar huellas de un amplio uso similar de *apostolos* por parte de Pablo y Bernabé en Hechos 14,4 y 14,14. En 2Cor 2-6 y 10-13, Pablo defiende su derecho al título de apóstol con intensidad e incluso con una amarga ironía. El modo en que se defiende a sí mismo indica que sus oponentes —que él irónicamente llama “superapóstoles” (2Cor 12,11)— actúan según una más amplia y genérica comprensión del título así como un planteamiento diferente de los criterios para el apostolado; además de gozar de ciertos dones caris-

máticos excepcionales, requieren ayuda material de las comunidades que han establecido o visitado. Seguramente poseían también una base local desde la que eran enviados, que tenían como referencia y a la que volvían. Esto puede reflejar una práctica oriental (Siria) que también es asumida en 2Cor 8,23 y Fil 2,25. Es verosímil que Bernabé y Pablo fueran inicialmente enviados por la comunidad de Antioquía (Hechos 13,1-3). Ésta seguía siendo su base de apoyo a la que regresaban durante su primera actividad misionera. En el caso de Pablo parece que esta conexión se rompió en algún momento y ya no tuvo ningún centro de operaciones. El modo en que Pablo comprende la naturaleza de su apostolado, especialmente en Gálatas y en Primera y Segunda Corintios, confirma y subraya su independencia y apoya una más estrecha y privilegiada interpretación del título *apostolos*.

19. Algunos han identificado en los escritos de Pablo una distinción entre los “apóstoles” que fueron enviados por las comunidades/Iglesias locales y un grupo más exclusivo de “apóstoles de Jesucristo”, que fueron enviados por Cristo resucitado y entre los que se cuenta el propio Pablo. Esta distinción, sin embargo, no es coherente en el caso de Silvano y Timoteo mencionados, junto con Pablo en 1Tes 2,7, como “apóstoles de Cristo”. Por tanto, otra explicación posible es que Pablo usara también el término en un sentido más amplio antes de que su apostolado fuera discutido. Una vez que se vio obligado a fundamentar y defender sus credenciales como apóstol insistió en un grupo cualificado más exclusivo. Cualquiera que sea la explicación, existe claramente ambigüedad en el uso paulino del título *apostolos*, que Pablo adopta, usando tanto el sentido amplio como la definición más restringida que desarrolla posteriormente para presentar y calificar su propio ministerio.

20. Es esencial para la comprensión específica y desarrollada del apostolado que posee Pablo que el apóstol proclame el evangelio como alguien que ha sido enviado por Cristo. Un apóstol es definido como un mensajero autorizado y elegido por Cristo. En este sentido un apóstol es un misionero, pero no hay indicación de que cada misionero sea un apóstol. El punto de vista que prevalece parece ser que el encargo apostólico debería ser ordenado directamente por Cristo, y que una aparición del Señor (resucitado) era una condición

necesaria para la misión o *apostole* (Rm 1,4-5; Gal 1,11-17; 2,7-9). Esta es la interpretación predominante en la posterior recepción de la Iglesia.

21. Cuando los oponentes de Pablo cuestionan su derecho y status como apóstol, su experiencia del camino de Damasco es crucial en su defensa; recibió su misión de ser apóstol para los gentiles directamente del Señor resucitado sin ninguna mediación humana (Gal 1,1; 1,15ss). No obstante, tiene también interés en demostrar cuán importante fue que esta divina misión fuera reconocida y apoyada por “las columnas” en Jerusalén, aunque no dependiera de su reconocimiento. Sin duda, Pablo se preocupa de no presentarse a sí mismo como sometándose a ninguna autoridad supuestamente superior en Jerusalén. El hecho de haber sido aceptado por ellos es descrito más bien en términos colegiales: “Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, me tendieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí” (Gal 2,9). La colecta que Pablo recibió de sus comunidades como servicio a los pobres entre los santos de Jerusalén (Gal 2,10; 2Cor 8-9), muestra su solidaridad con Jerusalén y es un reconocimiento del significado de esta comunidad al haber compartido sus “bendiciones espirituales”. La ansiedad de Pablo por entregar la ofrenda (Rm 15,25-33) indica no obstante que existe una complicada reciprocidad. Al aceptar la colecta —asumiendo que lo hacen— la comunidad (en alemán *Urgemeinde*, en inglés *community*) de Jerusalén reconoce la misión de Pablo y sus comunidades. La ofrenda una vez recibida, se convierte en una señal de reconocimiento mutuo y de unidad de la Iglesia entera.

22. Para Pablo, la misión apostólica es fundamental cuando se ha establecido una *ekklesia*; el apóstol es un fundador (en alemán, *Gründer*). Mediante la proclamación del apóstol la palabra de Dios se hace efectiva en la fe y Jesucristo es colocado como el fundamento de la Iglesia en cada nuevo lugar. En esto el apóstol, como aquellos que le siguen y que edifican sobre su fundamento, es un siervo de Dios (1Cor 3,5-11). Pero el apóstol no pertenece a ningún lugar particular ni a ninguna comunidad específica. La movilidad del apóstol es un signo de la solidaridad y la unidad de la Iglesia entera. Puede incluso dirigirse a comunidades que no ha visitado

nunca como hace Pablo cuando escribe su carta a los Romanos.

23. Una comunión interdependiente se establece entre el apóstol y las comunidades que él ha ayudado a fundar. La vida fiel de las comunidades donde él proclamó la palabra de fe es por tanto una clara medida de sus logros apostólicos. Las comunidades son “el sello” de su apostolado (1Cor 9,2) o su “carta de recomendación” (2Cor 3,1). En esto hay también un aspecto de mimesis, de imitación del apóstol y un reflejo de la vida apostólica (*vita apostolica*) a la que Pablo anima a sus comunidades (1Tes 1,6; 1Cor 11,1; Fil 3,17 y 2Tes 3,7-9). Como algunas de estas referencias muestran esta mimesis apostólica es de hecho una imitación del Señor. Lleva a una vida de acuerdo con las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo e incluso a hacer la vida, el sufrimiento y la muerte de Jesús visible “en nuestra carne mortal” (2Cor 4,11). En este sentido hay una sucesión, una continuidad tanto en la fe apostólica como en la vida.

24. Pablo tuvo numerosos colaboradores que menciona en sus cartas. Entre ellos, encontramos incluidas mujeres como lo demuestran los ejemplos de las diaconisas Febe (Rm 16,1-3) y Prisca (Rm 16,3-5^a; 1Cor 16,19). Algunos de estos colaboradores fueron también coautores de las cartas que Pablo escribió a sus Iglesias: Silvano (1Tes 1,1; 2Tes 1,1), Sóstenes (1Cor 1,1) y Timoteo (2Cor 1,1; Fil 1,1; 1Tes 1,1; Flm 1,1). Timoteo (2Cor 4,17; 16,10; 1,19; Fil 2,19; 1Tes 3,1-10) y Tito (2Cor 7,5-16; 8,6,16-17,23; 12,18) han tenido importantes cometidos en la comunicación de los apóstoles con las Iglesias y fueron enviados a proporcionar consejo a las comunidades en nombre de Pablo. En las cartas pastorales, que tienen a Timoteo y Tito como destinatarios, desarrollan su papel como seguidores del apóstol en el gobierno que proporcionan a la Iglesia (2Tim 3,10-15).

25. El papel fundacional de un apóstol es un tema prioritario en tiempo y en orden, pero tiene también una función formativa. Implica una responsabilidad de plantear una norma que pueda ser subsiguientemente explorada, desarrollada y ampliada, pero no abandonada ni distorsionada. Esta es la razón por la que el apóstol Pablo escribe sus cartas a las comunidades que él ha fundado y por la que otras cartas fue-

ron escritas también más tarde en nombre de Pablo cuando él no podía ya hacerlo.

26. Las cartas pastorales tienen como finalidad explicar el papel del apóstol Pablo como fundador para mostrar su modo de vida ejemplar (2Tim 4,7) y a su enseñanza “en la fe y en la verdad” (1Tim 2,7). Así se dice que Timoteo ha observado a Pablo en su enseñanza, conducta, objetivos, fe, paciencia, amor, constancia, persecuciones y sufrimientos y se le anima a continuar lo que ha aprendido y ha creído firmemente, sabiendo de quién ha aprendido todo (2tim 3,10-14). Las pastorales asumen que Pablo tuvo un modo especial de establecer medidas por las que las Iglesias podrían continuar salvaguardando la verdad del evangelio, la sana doctrina y la pureza de la fe cuando Pablo ya no estuviera allí. Las instrucciones relativas a los obispos, presbíteros y diáconos indican diversas responsabilidades a este respecto, a pesar de la ausencia de un modelo consistente.

27. En la tradición paulina representada por la Carta a los Efesios, la Iglesia misma se convierte en el tema central de reflexión. Los apóstoles son mencionados en Ef 4,11 en un contexto similar a 1Cor 12. Los diversos dones de Cristo para ser apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros en su Iglesia, sirven todos para edificar el cuerpo de Cristo. Significativamente, en Ef 2,20 el lenguaje del papel fundacional de los apóstoles está más desarrollado en estos que junto con los profetas son vistos como parte de la fundación de la Iglesia de la que Jesucristo es la “piedra angular”, que los mantiene a todos juntos. Una imagen similar se encuentra en Ap 21,14 donde los nombres de los doce apóstoles del Cordero están escritos en los cimientos del muro de la ciudad de la Nueva Jerusalén. Este lenguaje indica que los apóstoles pertenecen al pasado. No obstante, no sólo la Iglesia del presente, sino también la futura ciudad escatológica de la gloria de Dios está edificada sobre el pasado.

4.3. *Lucas-Hechos*

28. Como Pablo deja ya claro, el apostolado forma parte del período posterior a la resurrección. No obstante, la tradición sinóptica a veces usa el término “apóstol” para aquellos que pertenecen al grupo de los Doce. En Mc 3,13 y Mt 10,1-2,

los términos “apóstol” y “discípulo” parecen ser equivalentes. Este uso terminológico se explica más verosímelmente, según muchos, como una retroyección al tiempo del ministerio público de Jesús. El título *apostolos* ha sido retrospectivamente aplicado a los Doce ya que su elección está estrechamente relacionada con la misión en Galilea, primer envío realizado por Jesús. No obstante, en opinión de otros, ya el mismo Jesús llamó a sus discípulos “apóstoles” y ellos lo vieron como representando al menos funcionalmente lo que más tarde estaría expresado en la institución judía *shaliah*, así como en la primera comprensión cristiana del apostolado.

29. En los dos volúmenes de Lucas, el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, “los doce” y “los apóstoles” están programáticamente identificados. El título *apostolos* está (para Hech 14,4-14) restringido a los doce, que constituyen exclusivamente el *collegium* de los apóstoles. La composición que Lucas da de este *collegium* ha influido en la tradición cristiana de un modo decisivo y se ha convertido en la configuración predominante en la iconografía. En el contexto semántico de Lucas la posición de Pablo como apóstol llega a ser problemática. En la última parte de los Hechos, en particular, Lucas presenta a Pablo como el principal protagonista y Pablo predica y cura de la misma manera que lo han hecho los doce apóstoles. Pero debido a la noción específicamente lucana del apostolado como un privilegio limitado a los Doce, Pablo no puede ser incluido. Aunque el uso más amplio que aparece en otros escritos del Nuevo Testamento se encuentra también en Hechos 14,4,14, la reclamación especial de Pablo al apostolado tiene muy poco soporte en la terminología prevaleciente de Hechos, aunque Pablo, como los Doce, tiene una importancia decisiva como testigo de Jesucristo.

30. La elección de los Doce durante el ministerio de Jesús en Galilea y el mandato que reciben en la última cena (Lc 22,22-38) los prepara para su papel en la restauración de Israel, tal como es descrito en términos escatológicos: en el Reino de Dios se sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus (v.30). Después de la traición y la muerte de Judas, el grupo de los Doce ya no está completo y por tanto, inmediatamente después de la ascensión de Jesús es elegido un nuevo apóstol para remplazar a Judas y ocupar “su lugar en el ministerio” (Hech 1,15-26). En la elección al menos dos candi-

datos reúnen los criterios, José y Matías, y la suerte recae en Matías, un discípulo por otra parte desconocido.

31. En la preparación para la elección, se enumeran los criterios de idoneidad para el servicio como apóstol (Hech 1,21-22): la persona debe haber estado entre los seguidores de Jesús desde el día en que fue bautizado por Juan hasta la ascensión. Significativamente, los criterios son tales que sólo pueden ser cumplidos por la primera generación. Según Lucas, el *collegium* de los doce apóstoles tiene una única y singular función en la historia del pueblo de Dios, que es en el período en el que aquellos que creen en Jesús edifican la comunidad de Jerusalén, que es el punto de partida y el centro de la misión a todo el mundo, misión para la que los apóstoles han sido llamados (Hech 1,8). No sólo son claramente declarados los criterios por los que son identificados los candidatos, sino que también es explicada la misión especial y el servicio de los apóstoles. Los criterios y la misión están relacionados pero no son idénticos. La tarea es llegar a ser (obsérvese el uso de *genesthai* en 1,22) testigos de la resurrección de Jesús (Lc 24,48 y Hech 1,8,22). Haber sido testigos oculares (*autoptes*) es un requisito, pero el hecho de haber sido testigo ocular no convierte a alguien en apóstol. Requiere una misión especial y representa una función única; es el resultado de una elección y limitada a los Doce. Su tarea es dar testimonio de la resurrección del Señor Jesús y de la continuidad entre el Jesús crucificado que ellos han conocido y el Señor resucitado.

32. Tras la elección de Matías, el *collegium* de los Doce está de nuevo completo y preparado para su misión. Cuando es enviado el Espíritu y la comunidad de Jerusalén se establece, cosechan las conversiones en masa de judíos de la diáspora y de Palestina, como se describe en la primer parte de los Hechos 2,1-8,25. El ministerio apostólico de los Doce está centrado en Israel, y su papel escatológico se hace efectivo cuando sea reconstruida la destruida casa de David (Hech 15,16). Una vez que esta misión esté cumplida, el apóstol puede morir (Santiago en Hech 12,2) sin que sea elegido un nuevo apóstol en su lugar. Tras el concilio de Jerusalén en Hechos 15, en el que se resuelve el conflicto surgido en Antioquía sobre la circuncisión de los gentiles, los doce apóstoles desaparecen de la narración y la misión continuada de Pablo gana interés y atención. Es digno de señalar que cada paso

hacia adelante tiene lugar porque el Espíritu Santo está presente en los acontecimientos o precede a la acción humana, como cuando Cornelio temeroso de Dios es bautizado por Pedro como el primer no judío (Hech 10,11).

33. En la comunidad de Jerusalén, los apóstoles sirven como líderes, como lo hace Santiago, el hermano de Jesús. Enseñan, defienden la fe y hacen milagros. También toman parte en la imposición de manos para que aquellos que han sido bautizados puedan recibir el Espíritu Santo (Hech 8,16-17). Ordenan a los “Siete” mediante la oración y la imposición de manos, como se señala en Hech 6,6. Los Siete han sido buscados y elegidos por toda la comunidad a petición de los apóstoles para que estos “siete hombres de buena fama, llenos de espíritu y sabiduría” puedan servir a las mesas. Esto deja a los apóstoles libres para dedicarse a la oración y al servicio de la palabra. Esta delegación de deberes por parte de los apóstoles permite la división del trabajo. La intención no es remplazar a ninguno de los apóstoles por los Siete, aunque el significado de la palabra griega *diakonos*, que se refiere a la función de intermediario o mediador, está fuertemente relacionado con el del término *apostolos*. Los siguientes relatos en Hechos de Esteban y Felipe, dos de los Siete, indican que ellos servían de un modo similar al de los Doce. No pueden ser sucesores de los apóstoles, pero hay un mensaje apostólico del que ellos también dan testimonio.

34. Es importante que, a pesar del interés lucano sobre el *collegium* apostólico de los Doce, los apóstoles actúan dentro de toda la comunidad, cuyos miembros han recibido todos (cf. el enfático *pantes*, Hech 2,3ss) el don del Espíritu en Pentecostés. Su vida común está formada por la devoción a la enseñanza de los apóstoles, la comunión y el compartir los recursos, la fracción del pan y las oraciones. Esta descripción condensada de la comunidad de Jerusalén en Hech 2,42 ha sido comprendida como una lista de características de la comunidad apostólica.

5. ESTRUCTURAS ECLESIALES Y MODELOS DE MINISTERIO

35. Los escritos canónicos del Nuevo Testamento reflejan una fase durante la cual diferentes modelos eclesiales se

desarrollaron, coexistieron e interactuaron. Algunos escritos (p.e. la literatura joánica y la Carta a los Hebreos) revelan poco interés en las estructuras y el gobierno eclesial e incluso el cuadro pintado por aquellos que muestran interés no parece poco claro e incluso inconsistente. No obstante, la falta de interés no excluye que estas estructuras existieran ya en el lugar y la falta de consistencia o modelos comunes no indica necesariamente una actitud crítica o indiferente con las estructuras eclesiales como tales. La Iglesia no ha estado nunca sin personas que asuman responsabilidades específicas y autoridad, y las funciones y tareas sólo tienen sentido cuando las personas las llevan a cabo.

5.1. *Dones espirituales y ministerios*

36. En las Iglesias paulinas, el perfil carismático no debería ser entendido como excluyendo el orden y gobierno. No obstante, hay una afirmación fuerte en el Nuevo Testamento de la llamada a todo el pueblo de Dios. El Espíritu Santo derrama sobre todo el pueblo de Dios —jóvenes o viejos, esclavos o libres, hombres o mujeres— una diversidad de dones y ministerios. En 1Cor 12,4-11, Pablo habla, siguiendo una estructura trinitaria, de la diversidad de carismas (*charismata*) dados por el único Espíritu, la diversidad de servicios (*diakoniai*) inspirados por el único Señor, y la diversidad de actividades (*energemata*). Dios actúa todo en todos. La unidad divina es la fuente y mantiene unida esta diversidad de expresión, que tiene que servir al mismo objetivo de construir la comunidad. Pablo aplica la conocida imagen del cuerpo a la Iglesia como Cuerpo de Cristo (1Cor 12,12-27) y la desarrolla para mostrar que los dones no son para que se jacten unos contra otros, sino para enseñarles a apreciarse y servirse los unos a los otros reconociendo su interdependencia. Los dones más excelentes son por tanto la fe, la esperanza y el amor y el mayor de todos es el amor (1Cor 13). Pablo continúa con esta idea en Rm 12,3-8 cuando subraya que el ejercicio de los diferentes dones debería estar determinado por el fin para el que fueron dados.

37. Mediante estos dones del Espíritu, Dios crea y mantiene a la Iglesia y hace nacer cada día la fe, el amor y la nueva vida. Aquellos que han sido bautizados están por tanto

llamados a ofrecerse a sí mismos como un sacrificio vivo y a interceder por la Iglesia y la salvación del mundo. Esto constituye el sacerdocio de todos los creyentes y la llamada de todo el pueblo de Dios al ministerio y el servicio (1Pe 2,5-9).

38. En varios escritos hay indicaciones de que los ministerios eclesiales y los títulos se están formando, pero todavía no han sido definidos con precisión o comúnmente aceptados. La lista en 1Cor 12,28-30 contiene una serie de posiciones nominales que pueden haber sido cuidadosamente ordenadas, “primero los apóstoles, en segundo lugar los profetas, en tercer lugar los maestros (*apostoloi*, *prophetai*, y *didaskaloi*); van seguidos por una mezcla de responsabilidades asumida por las gentes con dones carismáticos particulares. Mientras los tres primeros pueden haber tenido un estatus más oficial y establecido, los otros, probablemente, se refieren a funciones más ocasionales. A veces hay una mención más general de “líderes” como *proistamenoí* en 1Tes 5,12 (cf. también *prostatís* en Rm 16,2) y *hegemonoi* en Hb 13,17.

5.2. El Ministerio de *episkopé*

39. En el griego bíblico, *episkopé* es utilizado para referirse a la visita de Dios (cf. Lc 19,44; 1Pe 2,12). En los raros casos en que el sujeto no es divino sino humano, puede referirse también a una tarea eclesial. En Hechos 1,16-20; la elección de un nuevo apóstol para remplazar a Judas es explicada como el cumplimiento del Salmo 108,8 y el término *episkopé* aparece en una cita de la escritura. No obstante, en 1Tim 3,1 donde *episkopé* es acuñado más probablemente sobre la base del título *episkopos*, se refiere a un oficio distinto que uno puede buscar.

40. Mientras que *apostolos* era un término raro en el griego pre-cristiano, *episkopos*, con el significado de cuidador, vigilante y protector, era común y muy frecuentemente usado para describir a los que ocupan diversos puestos oficiales. No obstante, no era un título de un oficio específico. El uso cristiano puede haber estado influido por el término esenio correspondiente en Hebreo, pero esto sigue siendo una cuestión abierta.

41. El término *episkopos* es usado cinco veces en el Nuevo Testamento. En 1Pe 2,25, Cristo es llamado “el pastor y *episkopos* de vuestras almas”. En otros casos el término se refiere a los líderes en una Iglesia local. De Fil 1,1 aprendemos que Filipo tenía *episkopoi kai diakonoi*, sin especificar más. El discurso de Pablo a los ancianos de la Iglesia en Efeso (Hech 20,17-38) implica que *presbyteroi* y *episkopoi* (de nuevo ambos en plural) se refieren al mismo grupo de personas. Pero, aunque *hoi presbyteroi tes ekklesias* son los destinatarios explícitos del discurso y parecen constituir un grupo diferenciado, no está igualmente claro si el uso de *episkopoi* en el discurso (20,28) remite a un título específico o más bien unido a *poimen* es un término griego adecuadamente usado para describir una determinada tarea o función de los presbíteros (cf. la misma combinación en 1Pe 2,25). La imagen del pastor sirve para ilustrar su papel como protectores y guardianes del rebaño —y de ellos mismos—. Esto es importante por las amenazas externas e internas a las comunidades. La fuente de su autoridad es el Espíritu Santo que los ha hecho *episkopoi*. La proximidad entre este discurso en Hechos 20 y las cartas pastorales indica que el discurso refleja más el período y situación lucanas que las paulinas. No obstante tradiciones locales pueden muy bien haber influido en ambos casos.

42. Las cartas pastorales están preocupadas por la protección de la herencia apostólica (paulina) en una situación que era percibida como amenazada y atacada por especulaciones distorsionadas y una actitud subversiva. Enseñan “la economía (*oikonomia*) de Dios fundada en la fe” y llaman a una instrucción que aspira al “amor que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera” (1Tim 1,3-5). Defienden la tradición por el firme establecimiento de un orden eclesial. Esto sucede en una estrecha interacción con una insistencia en lo que se consideraba que era una disciplina más propia para una organización respetable, que establece también la sumisión de las mujeres. La Iglesia es ordenada como “una economía de Dios” con expectativas morales y claramente plantea modelos de comportamiento acorde con el lugar de cada uno y con una asignación definida de autoridad (1Tim 3,14-15). Dios es el dueño/propietario (*despotes*) de su casa (2Tim 2,21) y ha confiado su administra-

ción (Tt 1,7) a un administrador (*oikonomos*) en la persona del obispo (*episkopos*).

43. La interacción entre el orden propio de una economía y orden eclesial queda clara en 1Tim 3,1ss en la forma de una lista de calificativos más bien mundanos que debería tener un candidato al oficio de obispo (*episkopé*). Representan expectativas que se encontraban generalmente en la sociedad relativas a la conducta del hombre de prestigio, y salvo que la persona no debería ser un recién convertido, no se mencionan requerimientos específicamente cristianos. Al mismo tiempo, se habla poco del procedimiento de elección o de los deberes especiales del obispo. Tito 1,5ss proporciona una lista similar de los requisitos para los presbíteros. Esta lista revela más datos acerca de las obligaciones del presbiterio: debería ser un hombre “que esté firmemente adherido a la palabra, conforme a la enseñanza, para que sea capaz de exhortar con la sana doctrina y refutar a los que la contradicen”. En el versículo 7 aparece el término *episkopos*, lo que muestra que los términos *presbyteros* y *episkopos* todavía pueden ser intercambiables. 1Pe 5,1-2 puede también testimoniar una falta similar de diferenciación. Según una variante textual bien documentada, los *presbyteroi* son exhortados a dirigir el rebaño de Dios que está a su cargo, ejerciendo la vigilancia (*episkopountes*)- reflejando así el lenguaje de 1Pe 2,25 que se refiere a Cristo como pastor y *episkopos*.

44. Es digno de señalar que el término *presbyteros* aparece en plural (*hoi presbyteroi*) en las cartas pastorales, mientras que el término *episkopos* se encuentra siempre en singular. En general, sigue sin quedar claro en estas cartas si todos los presbíteros pueden también ser llamados obispos, lo que podría argumentarse a partir de Tito 1,6ss, o si el obispo era siempre uno de los presbíteros como parece sugerir 1Tim 4,14. En este primer estadio ambas cosas pueden ser verdad y muy bien puede haber habido diferencias locales y regionales.

45. En las cartas pastorales, la *episkopé* es, por tanto, un ministerio pastoral distinto. Sus responsabilidades pueden haber incluido la ordenación de diáconos y viudas por la imposición de las manos, aun cuando no se afirme claramente. Pero su responsabilidad crucial era la enseñanza magisterial de la comunidad, aferrándose a la doctrina firme

(Tt 1,9). Esta doctrina firme es el depósito (*paratheke*) que han recibido de Pablo a través de sus discípulos y mensajeros, Timoteo y Tito, cuya tarea debía ser guardarla fielmente (1Tim 1,11ss; 6,20). El legado apostólico incluye además el ejemplo formativo del propio apóstol (1Tim 1,16).

5.3. La aparición del triple orden

46. En la tradición sinóptica se puede rastrear la conexión entre los predicadores itinerantes cuya autoridad se basaba en primer lugar en el carisma y las estructuras locales emergentes en las comunidades establecidas. En la *Didache* (*La enseñanza de los Doce apóstoles*) su conexión y la potencial tensión implicada son abordados de un modo pragmático con una advertencia concreta dada (*Did.* 12-13). Los carismáticos itinerantes eran mencionados como *prophetai* y *didaskaloi*, o *parodioi*, pero nunca son llamados *episkopoi*, *presbyteroi*, o *diakonoi*. Términos y títulos desarrollados todos como parte de la estructura local establecida.

47. Un punto de vista a menudo sostenido es que mientras el doble orden emplea los términos griegos establecidos de obispos (*episkopoi*) y diáconos (*diakonoi*) surgidos en las primeras comunidades gentiles (paulinas) en un marco helenístico, la estructura en la que “los ancianos” (*hoi presbyteroi*) fueron honrados como líderes refleja un fondo y una terminología original judía. Al final, el desafío era unir estas dos diferentes estructuras y terminologías, lo que dio como resultado un triple orden de obispo, presbítero y diácono, desarrollado primero en Oriente (Antioquía y Asia Menor).

48. En contra de la distinción previamente asumida entre influencias y modelos helenísticos y judíos, la investigación reciente ha sugerido que respecto a los “ancianos” no era una costumbre particular judía, sino también una característica prevalente en la sociedad greco-romana. En ambos contextos el “anciano” es más un modo de hablar de los líderes que un oficio específico como tal. No obstante, algunos han argumentado que el uso cristiano de *episkopos* es debido a una traducción al griego del término judeoarameo (*mebaqqer*) usado por los esenios y encontrado en el *Documento de Damasco* y la *Regla de la Comunidad* de Qumran. Esta

opinión no ha conseguido ningún apoyo más amplio si bien es mencionada a menudo.

49. Un intento reciente de explicar la diversidad dentro de los testimonios del Nuevo Testamento postula un desarrollo en tres etapas. Primero, cuando los cristianos se reunían en casas privadas, el *kyrios* de la casa o el *paterfamilias* servía como el patrón del grupo y podía ser mencionado como el *episkopos*. Esto explicaría por qué nunca son mencionados los presbíteros en los escritos paulinos. Cuando el número de Iglesias-casa se multiplicó, los patronos/*episkopoi* habrían tenido que actuar juntos algunas veces. Como un *collegium*, en la segunda etapa de desarrollo, habrían sido llamados *presbyteroi*. La tercera etapa se desarrolló frente a las amenazas de disenso y división. Un solo obispo emergía entonces como el líder global de todas las casas-Iglesias dentro de una ciudad, algo que sin embargo no hacía a los otros colegas patronos/obispos/presbíteros superfluos. El obispo sigue presidiendo juntamente con ellos. No obstante, esto se desarrolló primero a finales del siglo primero. Esta noción histórica podría ayudar a explicar el uso flexible e intercambiable de los títulos *episkopoi* y *presbyteroi* en algunos escritos del Nuevo Testamento así como la variación entre las formas singular y plural. No obstante, no existe una evidencia convincente que apoye esa primera etapa de la explicación, lo que al final pone en cuestión este intento de (re)construir estos desarrollos. La evidencia textual es compleja y cómo se desarrollaron las estructuras ministeriales sigue siendo también una cuestión abierta.

5.4. Ritos de imposición de manos

50. Las cartas pastorales dan testimonio de un rito de ordenación mediante la imposición de las manos. En 2Tim 1,6, se le recomienda a Timoteo que “reavive el don (*charisma*) de Dios” que tiene dentro de él por la imposición de las manos de Pablo. Un rito similar, que parece que se refiere a la misma ocasión, es mencionado en 1Tim 4,14, pero en este caso es un consejo de ancianos (*presbyteroi*) el que impone las manos. Sigue sin resolver cómo se pueden reconciliar estas diferentes versiones. 2Tim 1,6 describe el carisma que debe ser revivido no sus efectos y manifestaciones en algún

detalle. En 1Tim 4,14, parecen estar implicados en el rito tres elementos: un don (carisma), una profecía, y la imposición de manos. No obstante, no es fácil determinar la relación entre estos elementos o si se encuentran en el marco de un acontecimiento litúrgico, aún si éste parece ser el caso.

51. Lo que parece estar claro es el hecho de que la noción de carisma aparece en las pastorales sólo en conexión con el acto de ordenación. El don del Espíritu que capacita para la misión es conferido mediante la imposición de manos y es percibido como el carisma del ministerio (en alemán *Amtscharisma*). Por consiguiente, el rito de ordenación debe ser interpretado en términos epicléticos, y la imposición de manos funciona como un rito de iniciación a la posición de gobierno espiritual. El rito es mencionado retrospectivamente dentro de un contexto exhortativo, y está así efectivamente conectado a la verdad de la doctrina que Timoteo está llamado a proclamar y defender. Las cartas pastorales no aíslan este rito de la vida de la Iglesia como un todo o de la auténtica predicación del evangelio y la enseñanza de la doctrina firme. El rito demuestra que la Iglesia está permanentemente sujeta a la guía del Espíritu a través de una transición ordenada por la transmisión personal de una generación a otra.

52. Los Hechos de los Apóstoles afirman también una conexión entre la imposición de manos y el don del Espíritu. No obstante esta conexión varía. En hechos 8,14-17 y 19,5-6, la imposición de manos es un acto que está asociado con lo que sigue al bautismo. Cuando los Siete que “servirán a las mesas” son seleccionados en Hechos 6, uno de los requerimientos para la idoneidad es que estén “llenos del Espíritu”. La imposición de manos por los Doce que sigue a la elección de los Siete por la comunidad, es un hecho que confirma su elección y los autoriza a llevar adelante una tarea específica. Según Hechos 13,2-3, Bernabé y Pablo son, por la dirección del Espíritu Santo, “apartados” por el ayuno, la oración y la imposición de manos cuando son enviados desde Antioquía para su primera misión. Existen diferencias obvias entre los Hechos y las cartas pastorales, pero ejemplos de selección para misiones u oficios especiales mediante la imposición de manos están también atestiguadas en los Hechos.

53. Las cartas pastorales dejan abiertas muchas cuestiones relativas a las características particulares de la estructura eclesial, que son defendidas y en cierto modo se reflejan en las mismas cartas. No obstante, dan testimonio de la disciplinada y gradual transformación de la actividad carismática de la Iglesia hacia un ministerio ordenado que reviste también el aspecto profético. Dentro del canon las cartas pastorales llegan a expresar más estrechamente la posición que llegó a ser predominante en la corriente de la Iglesia oriental: la formación de estructuras eclesiales en las que oficios específicos, algunos con autoridad de supervisión, se hicieron responsables de la firmeza de la Iglesia en la fe, al principio, no obstante, sin una terminología firmemente fijada.

6. TRADICIÓN VIVA Y PERMANENTE EN LA IGLESIA

54. La seguridad de una presencia divina permanente dio autoridad y guió a la comunidad apostólica. Esta seguridad ayudó a las comunidades cristianas a conservar y contar las acciones y palabras de Jesús una y otra vez; los movió a meditar sobre el significado de su vida y muerte; los movió a seguir siendo sus seguidores, mientras modelaba sus vidas; les ayudó a encontrar su camino hacia adelante y les animó en su enseñanza y testimonio. El anuncio de Jesús estaba arraigado en su proclamación de Jesús el Cristo, la Palabra de Dios, Señor y Salvador. Así pues, la enseñanza de la comunidad apostólica no fue una mera repetición de la enseñanza del Jesús histórico. Al permanecer fieles a sus mensajes, reconocieron que él mismo era el mensaje. En el corazón de la proclamación y la enseñanza apostólicas estaban la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

55. Al hacer esto, estaban convencidos de que la guía permanente de Dios era no sólo una promesa para el futuro sino también el cumplimiento presente de las promesas dadas al pueblo de Dios en el pasado. Un mayor interés teológico en el Nuevo Testamento es la exploración e identificación de las acciones de Dios en el presente que se refieren a las profecías y promesas presentes en las Escrituras. El plan divino de salvación es trazado una y otra vez para dar testimonio de la fidelidad de un Dios en el que no hay contradicción. Esto aparece cuando se encuentran la historia y la Escritura reco-

nociendo el plan inquebrantable de Dios en el Espíritu Santo compartido con los judíos y confiando en la intervención del Espíritu como guía. Su proclamación es un testimonio de la Palabra viva de Dios.

56. Al enfatizar la unidad de su fuente, la primitiva proclamación tomó diversas formas, modeladas por la diversidad de las comunidades locales y las culturas del tiempo. Proporcionó una variedad de funciones y objetivos tales como la predicación misionera y la apologética, la introducción y la mayor instrucción en la fe, la guía ética y, en particular, la vida litúrgica de la Iglesia.

57. Los cristianos contaron las parábolas de Jesús; recordaron sus palabras de sabiduría y su orientación para la vida; se alegraron en sus actos de sanación, liberación y perdón cuando proclamaron el evangelio de su vida, muerte y resurrección. Cuando se reunían para el culto, expresaban su fe en himnos, en profecías, en formulas de fe y doxológicas, y en la celebración del bautismo y la eucaristía; leían y exponían pasajes seleccionados de las Escrituras y muy pronto leyeron también textos específicamente cristianos. La escritura de cartas que proporcionaba consejos, ánimos y reflexiones teológicas no era sólo un modo para que el “padre fundador” ejerciera su autoridad en la comunidad, sino también un importante vínculo de unidad, al poner a las comunidades locales en correspondencia entre sí. Las composiciones complejas se usaron como un medio para compilar, revalorizar y contar de nuevo las tradiciones acerca de Jesús dentro de un marco narrativo comprensivo, no en orden a preservarlos, sino a proclamar el mensaje de Jesús y ponderar su significado una y otra vez (Lc 1,1-4; Jn 20,30-31). Este tipo de narración fue más tarde mencionado como *euaggelion*, “buena noticia”. Hubo varias narraciones de este tipo que diferían unas de otras en diversos grados, pero esta falta de uniformidad no fue un problema en sí mismo.

58. La Iglesia ha procurado siempre permanecer fiel al testimonio apostólico y el canon de la Biblia eventualmente se convirtió en una exposición normativa de este interés. La formación del canon se desarrolló a partir de la práctica de leer textos cristianos particulares en la liturgia junto al tesoro de las Sagradas Escrituras compartidas con los Judíos. Pero esto estaba motivado también por el deseo de salva-

guardar el contenido de la tradición apostólica de los intentos de reducirlo o distorsionarlo. Sin embargo, el canon incorporó, de todos modos, una gran variedad de expresiones; normatividad no implica necesariamente uniformidad. Algunos evangelios no fueron incluidos en el canon, pero tampoco se eligió un solo evangelio. Aun cuando las armonías evangélicas fueron ampliamente difundidas y leídas, el canon aprobó las diversas versiones del evangelio según Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

59. La fidelidad al testimonio apostólico en ningún momento se consideró garantizada y, en el tiempo de los apóstoles, enseguida aparecieron controversias acerca de la correcta interpretación y aplicación del mensaje cristiano. Pablo se preocupó por que los Corintios se hubieran entregado a un espíritu diferente del que habían recibido o un evangelio distinto del que habían aceptado (2 Cor 11,4). El incidente en Antioquía en el que Pablo se confronta con Pedro (Gal 2,11-21) muestra que ni siquiera un apóstol prominente estaba exento de críticas. Para Pablo, la autoridad del evangelio reside en el evangelio mismo; el que lo proclama, ya sea Pablo o un ángel venido del cielo, no es garantía de la fidelidad de la proclamación (Gal 1,8ss). Sin duda no hay otro evangelio más que el verdadero evangelio; “otro evangelio” no es nada más que una perversión del evangelio de Cristo (Gal 1,7).

60. La polémica insistencia de Pablo en Gálatas sobre la propia autorización del evangelio no le impide ejercer su autoridad en todas partes y recomendar su propio ejemplo como “el padre” de las comunidades (1Cor 4,14ss). Se permite también reforzar su línea argumental en puntos decisivos refiriéndose a la tradición y usando el lenguaje judío convencional de transmisión (1Cor 11,13; 15,1-11). El ha transmitido a los corintios lo que él mismo recibió y ellos no deberían abandonar lo que han recibido y creyeron cuando él lo proclamó primero. En 1Cor 15,11, la declaración de que es una tradición compartida por Pablo y todos los demás apóstoles transforma el pasaje entero (v.1-11) en una declaración sobre la unidad en la comunidad de fe, que mantiene unida esta tradición. Dado que la tradición es compartida, no depende de ninguno de ellos en particular.

61. La terminología técnica de transmisión en algunos pasajes del Nuevo Testamento es un indicador claro para las primeras declaraciones de fe en las comunidades cristianas. Estas declaraciones (también llamadas homologías o fórmulas *pistis/credo*) o alusiones a estas declaraciones aparecen con frecuencia en el Nuevo Testamento. Muchas de ellas son cristológicas en el contenido y, muy a menudo, sirven de referencia para una convicción ya compartida entre el emisor y el receptor. Pero no son tesoros intocables, y Pablo hizo adiciones y otros cambios para subrayar sus intereses teológicos. Sirven también como fuente para una posterior reflexión. En 1Cor 15,3ss la transición entre la fórmula subrayada y el desarrollo y posterior uso que hace Pablo de ella está desdibujada. En Rm 1, Pablo claramente enmienda una confesión cristológica pre-paulina (1,3-4) y la desarrolla soteriológicamente para llegar al tema de la carta que es declarado en 1,16-17.

62. Las cartas pastorales, escritas en nombre de Pablo, representan una nueva aplicación de lo que el autor comprende que la enseñanza de Pablo tiene que ser para la siguiente generación. En estas cartas, hay un interés creciente por las formas de transmisión dado que una continuidad con la enseñanza de los apóstoles (y especialmente la de Pablo) es una medida de fidelidad y un fundamento de credibilidad. La importante tarea para los que están en posición de gobierno es por tanto enseñar y salvaguardar la transmisión de la doctrina firme, que está permanentemente amenazada. Se les ha confiado el legado apostólico, en griego *paratheke*, (1Tim 6,20; 2Tim 12-14) y en latín *depositum*. Este es un *depositum fidei* pero también comprende un *depositum vitae*, invitando a la comunidad a imitar la vida apostólica en su disciplina y prácticas espirituales. Más que otros escritos en el Nuevo Testamento, las cartas pastorales entrelazan la cuestión de la transmisión fiel de la doctrina con el otorgamiento del ministerio eclesial ordenado.

63. El Nuevo Testamento habla de muchos modos de “los llamados apóstoles”, pero esta variedad converge en un énfasis común de su papel fundacional. Representan una parte única en el período después de la resurrección contribuyendo y mediando en el paso de la propia proclamación de Jesús y las acciones salvadoras de su vida, a la formulación y

comunicación del mensaje acerca de Jesús, el Cristo. La Iglesia fue fundada sobre su proclamación inicial del evangelio y la memoria viva de este origen no debería dejar nunca de sostenernos y alimentarnos. Al mismo tiempo el testimonio de la era apostólica se ha mantenido y continúa por nuevos testimonios siendo llamado y enviado en todo momento y lugar: “¿Cómo oirán sin que se les predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? (Rm 10,14-15).

64. Ninguna autoridad humana puede garantizar la verdad del evangelio dado que su autenticidad y su poder para evocar la fe es inherente al evangelio mismo (su *extra nos*). Por otra parte, no obstante, la fidelidad de la Iglesia exige ciertas formas de transmisión y un ministerio eclesial particular de proclamación, reconciliación y magisterio, en orden a asegurar la transmisión ordenada de las enseñanzas apostólicas. Esto lleva a una tensión dinámica que ha constituido un desafío a la Iglesia desde los primeros comienzos.

PARTE II

EL EVANGELIO APOSTÓLICO
Y LA APOSTOLICIDAD DE LA IGLESIA

